

LA NOVELA FILM

N.º 48

30 cts.



ALMAS DIVORCIADAS

La Novela Film



Imp. Vda. de J. Sanjuán Vila
Urgel, 7.-BARCELONA

Prohibida la
reproducción

LA NOVELA FILM

Redacción / Lauria, n.º 96
Administración / BARCELONA

AÑO II

N.º 48

ALMAS DIVORCIADAS

Comedia dramática en cinco
partes, según el libro de
E. MILLS YOUNG

Protagonista:

la famosa y bella actriz in-
glesa

IVY DUKE

PINACLE PRODUCTIONS

EXCLUSIVA DE

LEVANTISCHE FILMS

FONTANELLA, 9

BARCELONA

—¿Qué tienes, Alberto?—le pregunta.

—Nada... Pensaba si habré logrado mi deseo de hacerte dichosa...

—No lo dudes, querido: contigo y mis hijitos soy la mujer más feliz del mundo.

Enlazados por la cintura, paseáronse Mary y Arnot por el jardín. Detuviéronse para mirarse a los ojos: Arnot le regaló un collar de perlas, y se besaron.

—Dios quiera, Alberto, que podamos celebrar muchos aniversarios de nuestra boda.



—Nada... Pensaba si habré logrado mi deseo de hacerte dichosa...

—Dios quiera, Alberto, que podamos celebrar muchos aniversarios de nuestra boda.

siendo tan felices como ahora—murmuró Mary, enamorada.

Iba a seguir recreando los oídos del esposo; mas cesó de hablar para dirigir algunos mimos a sus hijitos que acababa de ver en el marco de la ventana de su dormitorio, con el ama, que iba a acostarlos.

Arnot, egoísta, aun en su hogar, en los ratos que parecía entregarse completamente a su calor, objetó a Mary:

—Creo que el arraigado temor que te inspiran tus hijos, debilita un poco tu amor hacia mí...

—¿Tienes celos de tus hijos, Alberto? Bien sabes que amando en ellos amo en ti. Tú y ellos no sois más que uno para mí.

Los íntimos, invitados a la fiesta familiar, iban llegando.

Entre ellos se cuenta Ricardo Couret, maduro deportista que diariamente ejercita su actividad en el golf, por cuyo juego siente predilección delirante.

Gilberta, esposa de Couret, ama a los niños con honda ternura, sin que su pasión ideológica por ellos haya culminado en la dicha inefable de llamarse madre.

Apenas en el salón de la casa, Couret, con su manía de "golfear", rompe un avestruz de ornato, cuyo cuerpo estaba primorosamente confeccionado con una paja desgranada.

Gilberta censura su hazafia.

—¿Qué explicaciones darás cuando vean que lo has roto? Sacados los deportistas de nuestro rudo campo de acción, sois en los demás sitios una calamidad irremediable.

Couret, convicto y confeso, se promete no dejar al descubierto su "asesinato", y con tal objeto se esconde en el faldón de la levita la parte rota del *bibilot*, o sea la cabeza.

Mary recibe en primer turno a sus amigos los Couret, a quienes aprecia mucho, y luego distribuye su simpatía entre los demás.

Uno de ellos es Jorge Dupont, joven y rico, recién llegado a aquel encantador lugar por unos días.

Dupont había sido en otros tiempos jovial y optimista, pero, a impulso de un dolor de orden moral, se ha trocado en un hombre sombrío y taciturno.

Un poco más tarde, durante la cena íntima, Gilberta, refiriéndose a los Arnot, dijo a Dupont, pero cual si se dirigiese a todos:

—Señor Dupont; esta noche come usted con el único matrimonio absolutamente feliz que he conocido.

—Pues nadie diría que usted y su esposo tengan que envidiar las venturas de ningún otro hogar afortunado—contestó Dupont.

—Realmente no podemos quejarnos. Ricardo tiene sus manías, pero vivimos tranquilos y en sana paz...

—Muchas gracias, encantadora compañera...

Así, en medio de la más sencilla y cordial intimidad, íbase deslizándose la fiesta.

Enamorado Dupont de Mary, había aspirado a casarse con ella; mas diferida su petición para después de un largo viaje, hubo de encontrarse a su regreso con que Mary era ya la esposa de Alberto Arnot.



...y luego distribuye su simpatía entre los demás.

Habiéndolos aislado el azar en el jardín, Dupont y Mary dialogaron como sigue:

—El encantamiento de esta noche serena

¡cómo nos enseña que la vida es bella! ¡verdad? — dijo ella, llena de contento.

— Sí, muy bella; siempre que no se la tome demasiado en serio. La vida, precisamente, me ha vuelto fatalista; y así, aceptando los días como se me ofrecen, procuro no desaprovechar aquellos que se presentan buenos. Pero la vida sería cruento martirio, lastre insostenible, si no nos fortaleciese la esperanza de que el presente nos muestre un porvenir más luminoso.

Mary, sorprendida de las palabras de Dupont, pensaba, con cierto pesar, que en la existencia del amigo había un secreto que apagaba la luz de la más leve sonrisa.

Fugóse la noche, henchida de ensueños, para ceder su puesto al nuevo día, pleno de realidades; que no es posible a los humanos detener el instante fugaz de la felicidad, ni acelerar la hora lentamente angustiosa del dolor.

Y así varios días más, al cabo de los cuales, una mañana, Dupont se presentó en la villa de Mary, encontrando a ésta en el pabellón del jardín.

— Señora Arnot, he venido para decirle adiós. Mañana emprendo nuevo viaje.

— Que la suerte le acompañe, señor Dupont.

— Me llevo un grato recuerdo de aquí... de este soberbio jardín. ¡Qué suerte de dulces añoranzas no despertará en un soltero como yo, recluso sempiterno en el recogimiento sin alma de los hoteles!

— Cásese usted y adquiera una villa como esta que tanto admira.

— Es muy difícil que yo me case, señora.

— No lo comprendo. Sólo estriba el problema en buscar la esposa que satisfaga sus ideales, y en saber encontrarla.

Ya la encontré una vez, hace más de seis años. Yo jugaba al *tennis* en Cannes... y fijándome más en ella que en las jugadas, perdía continuamente... Cuando, más tarde, la volví a encontrar, renegué de mi timidez y de mi torpeza... ¡Mi ideal, "mi único ideal", se había ya casado!

— ¡Qué desencanto!

* * *

En el transcurso de un año, Arnot fué acentuando su desvío hacia Mary, la cual procuraba mitigar sus desilusiones recibiendo el consolador aliento de sus hijos.

Tras de una de sus frecuentes y largas ausencias, Arnot regresa a sus lares.

La mal disimulada indiferencia de Arnot hacia la esposa, es delatora de su culpabilidad. Sin embargo, la "madre" se resigna, vendiendo el dolor de la humillada "esposa".

Aprovechando las vacaciones, Dupont vol-

vió atraído por los encantos de la Costa Azul, y de nuevo formó en la tertulia íntima de los Arnot.

En una de dichas reuniones, Dupont conoció a Blanca Maitland, una señorita institutriz que había pasado su vida cuidando a los hijos de los demás. Se la presentaron los Cou-



...la cual procuraba mitigar sus destilaciones recibiendo el consolador aliento de sus hijos.

ret, Gilberta dijo de ella:

—Es una institutriz muy práctica. Aconsejaré a Mary que la tome a su servicio.

La inquietud de Mary no pasó inadver-

tida para Dupont, que, ayudado por el perspicaz instinto de su pasión, penetró en el drama íntimo que atormentaba a la suñida esposa, a la que siguió, después del almuerzo, al jardín.

El sol, estallando en orgía embriagadora de luz y de colores, no llegó a desvanecer las densas finieñilas de las almas.

—Ante la maravillosa alegría de la Naturaleza cabe preguntarse, ¿por qué la humanidad no es siempre feliz?—exclamó Mary.

—¿Acaso no es usted feliz?—inquirió Dupont.

—¿Quién sabe! Quizá la sensibilidad del espíritu constituya un obstáculo para la felicidad...

—No se expresaba usted así cuando nuestro primer paseo por este jardín. Entonces sentía usted en toda su plenitud el amor a la vida.

—Pero es que las ideas, con el transcurso de los días, pueden cambiar radicalmente.

Hubo una pausa; tras de lo cual Dupont dijo:

—Prométame usted que si alguna vez necesita de un amigo sincero, contará con mi ayuda incondicional.

—Afortunadamente, por ahora, ningún motivo me obliga a solicitar el auxilio ajeno...

—Yo lo celebro cordialmente, pero... ¿pue-

de producirse lo que en un día, tal vez en un instante, es susceptible de acontecer?

Jardines hay, que, invadiendo el espíritu de beatífico recogimiento, invitan a la admiración fervorosa, al honesto deleite de aspirar sus perfumes, nunca a la osadía de profanarlos cortando sus flores.

Así era, para Dupont, el jardín de Mary...

De tanto rondar por él, los Couret vieron claro lo que sucedía. Y Gilberta, aprovechando la autoridad de sus años, se decidió a hablar a Dupont.

—No lo tome usted a mal—le dijo—; pero ¿cree usted prudente esa constancia en pasear por el jardín de los Arnot? Me parece que se preocupa usted por Mary más de lo debido. Esa amistad con que la distingue usted, no puesta, ciertamente, en duda por nadie, encierra, sin embargo, indudables peligros.

Tiene usted razón—reconoció el joven—: debo apartarme de su lado, y mañana mismo regresaré a París.

—No podía esperarse menos del caballeroso señor Dupont.

Entretanto, en su casa, Mary le decía a su esposo:

—Creo, Alberto, que debiéramos tomar una institutriz para Enriqueta.

—Si te parece bien...

—Problemos: y en el caso de que la niña

no la recibiera con agrado, podríamos prescindir de sus servicios.

—Como quieras.

—Tomaré a Blanca Maitland, una amiga de los Couret, quienes me han ponderado sus excepcionales condiciones.

Unos días después, la institutriz entraba en funciones.

Y la entrada en la casa Arnot de Blanca, constituyó suceso trascendental que transformó de modo excepcional el rumbo de los sucesos.

Mary no dejó de ver que su marido parecía quedarse más a gusto en su casa, y como a pesar de ello su conducta de indiferencia para con ella no había variado, sospechó que la institutriz era el imán que operaba el cambio aquel.

Tanto fué así que Mary, resignada a vivir con su marido por amor a sus hijos, adoptaba con él un aire de tristeza y aburrimiento completos.

Alberto no pudo menos de fijarse en ello, y pidió a su mujer la causa.

—Noto en ti algo extraordinario, ¿Qué es lo que motiva tu cambio de carácter?

—¡La vida!

—Sin embargo, no es para ti la vida penosa carga; a menos que pretendas complicarla con ridículas preocupaciones de melodrama.

Una es como es, Alberto.

La institutriz atravesó el saloncito en que se hallaba el matrimonio, y Alberto dijo a Mary:

—Esta muchacha debe aburrirse mucho sola. ¿Por qué no le permitimos que coma con nosotros?

—Si ella quiere, por mi parte no hay inconveniente.

De esta manera, Blanca se interpuso como serio obstáculo en el camino de la tranquilidad, ya bastante mermada, de aquel matrimonio.

Un día, mientras la institutriz cosía en la misma pieza en que Alberto y Mary leían, ésta le mandó a ver lo que con el ama hacían los niños.

Alberto, creyendo ver en las órdenes de su mujer a Blanca una desmedida exigencia, le objetó:

—No parece que tratas con gran amabilidad a la pobre muchacha...

A lo que Mary, muy resuelta, replicó:

—¿Se me antoja excesivo el interés que demuestras por ella?

Alberto se mordió los labios, y enojado se separó de su esposa, murmurando:

—Voy a tomar un whisky. ¡Lás desesperante la compañía de gente taciturna!

Mas, antes, el esposo infiel se cruzó al paso de la institutriz.

—Buenas noches... y sepa usted que alguien admira singularmente su belleza.

Blanca se llenó de rubor, y aunque la flor había aromado su vida sin afectos, no quiso escuchar más y escurrióse hacia el dormitorio de los niños, a los que el ama acababa de meter en la cama.

Nunca, hasta el momento en que la institutriz entrara en la casa, había sentido Arnot tan marcada afición a la compañía de sus hijos.

Mary, a pesar de sus sospechas, se negaba dignamente a creer...

Al fin, Arnot se determinó a obrar sin vacilación. Era de noche; Blanca se disponía a retirarse a su aposento, tras de convencerse del sueño de los niños. Arnot apareció ante ella en el dormitorio de sus hijos.

—¿Qué hace usted aquí, señor?—preguntóle la institutriz, extrañada.

Quería enseñarle esta joya... ¿Le gusta?... Pues para usted es... si lo desea...

Blanca se sintió cogida en los brazos de Arnot y desprendióse de él en el acto, llena de asombro.

—No, por Dios, señor Arnot... ¡Su casa merece ser respetada!

Arnot regresó, sin reprocharse su punible gesto, al lado de su esposa, a quien vió en el salón, tocando el piano.

Tumbóse en una *chaise-longue* frente a ella, y su somnolencia, arrullada por torpes devaneos, exteriorizó su verdadero sentimiento hacia su esposa:

—La virtud musical huye de ti, Mary. Todas sin expresión... con frialdad... mecánicamente...

Y entonces comprendió Mary, por dura y terrible experiencia, que, en su hogar, vivían profundamente divorciadas las dos almas.

Al correr de los días, la insana pasión de Arnot, llegando a extremos de indomable voracidad, rompió los diques que contenían los más elementales principios de respeto, incluso el respeto de su propio nombre.

—¿Dónde está Blanca?—preguntó, en cierta ocasión, a Mary.

—¿Desde cuándo te permites hablar de la institutriz con tan imprudente familiaridad?

—No se me ocurrió nombrarla de otro modo... hablando contigo.

A poco, Arnot, reuniase con la institutriz en el jardín, a la vuelta de un paseo.

—Siempre que me acerco a usted la encuentro abstraída. ¿Es acaso el amor la causa de sus meditaciones?

—El amor!... El amor, como yo le imaginé, no se ha acercado nunca a mí.

—El amor va hacia usted; pero es usted la que se obstina en volverle la espalda.

—¿No teme usted que su esposa le oiga expresarse de ese modo?

—No nos ocupemos más que de nosotros en estos instantes de deliciosa soledad... ¿Usted podría ser el puesto de refugio para mi pobre alma fatigada!

—¿No he nacido para ser feliz!

—El dinero y el bienestar, Blanca, son dos cosas que en el mundo tienen un valor positivo...

—No siga, señor Arnot; no puedo escucharle más tiempo...

—¿No le parece a usted muy interesante y digno de atención lo que acabo de decirle?

—Permítame usted que me retire...

Blanca volvía hacia la casa, pero Arnot se empeñó en ir a su lado, asíéndola distraídamente de una mano.

Desde una ventana, Mary los vió juntos, y sus sospechas ya no quedaron en duda.

Velando por sus legítimos derechos de madre y de esposa, así como por los fueros del hogar doméstico, Mary decidióse a abordar resueltamente la cuestión ante su marido.

La entrevista se celebró al poco.

—¿Me mandaste llamar, Mary?

—Hemos de hablar, Alberto.

—¿Qué pasa?

—Se trata de la señorita Maitland.

—...Pues tú dirás...

—He decidido despedirla.

— ¿Por qué?

— No tienes derecho a preguntarme las causas de mi decisión, que sobradamente conoces.

— Un momento. Supongamos que yo intercedo para que no se marche. ¿Qué títulos alegarías para oponerte?

— ¡No creí que te atreverías a tanto! ¡Es doloroso que yo valga tan poco para ti!

— ¡Bah! ¡Todas las mujeres valéis para mí bien poca cosa!

— ¡Está bien! Pero en interés de mis hijos tengo autoridad indiscutible para obligarte a que cumplas tus deberes.

— ¡Es esa el arma con que me pretendes dominar?

— ¡Tengo la obligación de esgrimirla!

— ¿Intentas promover un escándalo para lograr con el divorcio una pensión, y librarte así de mi presencia? ¡Tu egoísmo, es el egoísmo de todas!

Alguien escuchaba detrás de una puerta... era Blanca...

Al día siguiente, el ama dijo a Mary que Arnot había salido muy temprano aquella mañana y que Blanca había desaparecido, dejando la siguiente carta:

Señora:

Sin pretenderlo, ayer me enteré del choque que por mi causa tuvo lugar entre usted y su



— ¡No creí que te atreverías a tanto! ¡Es doloroso que yo valga tan poco para ti!

marido. *Mi reputación no me permite permanecer en su casa un momento más.*

Cuando la presente llegue a sus manos, ya me habré marchado para no entorpecer su tranquilidad

Blanca Mailand

* * *

Mary pensaba con dolor que la partida de su marido y de la institutriz era una coincidencia altamente sospechosa.

Gilberta Couret, enterada por Enriqueta, la hijita de Mary, de la partida de la institutriz, entrevistóse con su amiga, a lo que encontró muy abatida.

—¿Es cierto, querida Mary? Enriqueta acaba de decirme que Blanca se ha marchado.

—En efecto: se ha marchado sin previo aviso.

—¿Qué raro! ¿Por qué se habrá marchado? No me cabe la menor duda de que ustedes la trataban inmejorablemente. No se afija usted Mary. ¿Quién sabe lo que ha motivado tan inexplicable conducta de esa señora!

Mary callaba, para que de sus labios no sa-

lera la revelación que habría de hundirla con desesperante saña en el abismo de la humillación.

Y Gilberta se marchó sin conocer la verdad.

Por la tarde, Couret, enterado por su esposa de la brusca salida de la institutriz, y al corriente, además, por sus criados, de que Arnot también se había marchado, fué a visitar a Mary, pero una vez en su presencia no se atrevió a concretar puntos:

—Ya sé que Gilberta visitó a usted esta mañana.

—Sí, vino a verme...

—Precisamente, por la visita de Gilberta, es por lo que yo he venido a ver a usted.

—Muy honrada, amigo Couret.

—¿Qué! ¿Sucede algo?

—Ya lo debe usted saber...

—Después de todo, a nosotros, que le recomendamos a Blanca, nos toca cierta responsabilidad...

—No tiene importancia. Ella sabía que yo pensaba despedirla, y se adelantó a mis propósitos.

—¡Ah!... Pero... ¿quería usted despedirla?

—Sí, amigo, sí; ¿no lo sabía usted ya?

—Me resistía a creer... Y su marido, Mary... ¿"también" marchó de viaje?

—No sé... digo, sí... sus ocupaciones...

—Ya, ya... Debo retirarme, Mary. Gilberta protestaría si llegase tarde a la comida.

—Salúdela de mi parte.

—No faltaré... Y usted... usted que es tan buena... ya lo sabe... Gilberta y yo somos sus mejores amigos... Cualquier cosa... ya lo sabe...

Al quedar sola, Mary prorrumpió en llanto:

—¡Todos lo saben, Dios mío! ¡A todos les inspiró la sarcástica compasión de mi espantoso ridículo!

Transcurrieron varios meses sin que Arnot diese señales de vida.

Couret recibió una carta de Jorge Dupont, escrita desde París, en la que le decía:

...He visto a Blanca Mailland actuando en un cabaret de Montmartre, lo cual me ha causado extraordinaria sorpresa, porque la creía al servicio de los Arnot.

¿Quiere usted darme noticias de Mary?

J. Dupont

Gilberta, enterada del escrito de Dupont, encargóse de contestarle ella misma, contándole lo sucedido, con medias tintas.

Y Dupont, apenas tuvo conocimiento, aunque veladamente, de los sucesos, se dispuso a prestar a Mary el auxilio moral que le había prometido.

Al llegar ante ella, le censuró su proceder con él:

—¿Cree usted haber obrado bien conmigo, no participándome sus desdichas?

—¡Si usted supiera, Dupont, cuán sola necesito estar!...

—En cierta ocasión me prometió usted, si las circunstancias lo requirieran, confiar su auxilio a mi sincera amistad.

—Varias veces intenté escribirle, y hubo de faltarle el valor.

—Eso no está bien, Mary. Yo soy su amigo... desco que usted crea que lo soy.

—¿Quiere usted ser depositario de mi confianza? Pues bien: sepa usted que mi marido se fugó con la institutriz... ¡Oh, qué ignominia, Dios mío!

—Siga, Mary...

—Tiempo hacía que espiritualmente se distanciaba de mí, y aunque procuraba distraer sus sentimientos, mi corazón no me podía engañar. Pero desde que entró esa mujer en nuestra casa, su deavio fué convirtiéndose, sin recato, en desprecio insultante...

—¿Por qué no procede usted contra él? La ley protege y empara sus derechos.

—Porque amo a mis hijos sobre todas las cosas, y él... ¡es el padre de mis hijos!

—Es usted admirable, Mary!

—Ahora debe vivir en compañía de ella... Los dos salieron de aquí el mismo día.

—Yo he visto a esa mujer en París, pero a él no le he visto nunca... Por la felicidad de

usted, Mary, créame dispuesto a todo. Voy a París para averiguar el paradero de Arnot, y, si lo encuentro, haré cuanto me sea dable para reintegrarlo al hogar.

Y Dupont volvió a París.

Ya en la "Ciudad Luz", fué al cabaret "El As Rojo", donde actuaba de pianista la institutriz.

Tomó un reservado y la mandó llamar por el *maitre d'hôtel*.

— Ah! ¿Es usted, señor Dupont? Lejos estaba de esperar su visita.

— He venido...

— Me lo figuro.

Entonces... no dudo que me evitará palabras... que usted me dirá la verdad...

— ¿Le interesa a usted mucho poseer noticias del señor Arnot?

— Muchoísimo.

— ¿Le es de mucha importancia conocer que me ha dado palabra de casamiento para cuando obtenga el divorcio?

— ¿De modo que...? Y usted ¿qué piensa hacer?

— No se asuste. Veo que en el concepto de todos soy una cualquiera. Me pesa que así me juzguen. Pero consételes a ustedes que si yo me encuentro aquí, es porque el destino no me dejó vivir con más decoro. Yo no busqué nunca la infelicidad de nadie. Al contrario; otros buscaron la mía. Lo del casamiento fué una

broma. En París, Arnot insistió en cortejarme, sin resultado alguno. Después, sé que se entregó sin freno a una vida desenfrenada; que atraviesa hoy una calamitosa situación; y actualmente se encuentra recluso en una clínica.

Deme usted las señas, Blanca, y yo, en cambio, le daré un choque... Acéptelo... Este dinero la ayudará a no dejarse llevar de la desesperación.

* * *

Para Dupont constituía un trance terriblemente angustioso, ser el portador, ante Mary, de infaustas noticias.

— ¿Pudo usted encontrarle al fin?— preguntó ella al noble amigo, así que éste regresó de la capital.

— Sí... Parece que el género de vida que llevaba en París minó su organismo, y que hoy sufre un ataque agudo de parálisis.

— ¿Qué dolor y qué vergüenza!

— No se apesadumbre usted, Mary. ¿Qué consideraciones puede merecer a usted un hombre que no tuvo otra misión en el mundo que la de hacerla sufrir? Pida usted el divorcio, y, sin incurrir en la crueldad de aban-

donarle, cáese usted conmigo. Yo conozco su grandeza y sabré idolatrar a usted.

— Pero... ¿y mis hijos?

— ¿No sabría yo representar dignamente la misión de padre para con ellos?

— Sin duda; pero... ¡el padre de ellos es Arnot!

—... Es cierto, Mary!... Ese hombre, a quien usted ya no quiere, ni volverá a querer, es el padre de sus hijos...

— ¿Por qué puso usted sus ojos en mí?

— Yo la quiero, Mary, desde aquel día que la vi a Cannes, jugando al tennis...

— Pero... ¿era yo?

— Sí, Mary... Usted es la mujer que yo elegí para esposa.

— Gracias, Dupont, gracias por ese amor. Lo acepto, porque lo necesito, pero nada más que moralmente, sólo como consuelo en mis horas de amargura de que hay en su pecho de usted un corazón digno del corazón de una mujer... Nuestra aventura es muy triste, Jorge... mas no debemos entristecernos.

— Yo esperaré siempre, siempre... como el primer día...

— No, Jorge. No tiene usted derecho a sacrificar su vida en aras de un imposible. ¡Merece usted tanto ser feliz!

— Bien. No hablemos más de nosotros. ¿Qué piensa usted hacer por su marido?

— Debo pedirle un favor más todavía, Jor-



— Pide usted el divorcio, ¿sin latarir, en la creencia de abandonar a una mujer como yo?

ge. Acompáñeme usted a París al lado de Alberto. Desco verle.

—Iremos a París.

La señora Couret encontró la oportunidad de hacerse la ilusión de ser madre, recogiendo temporalmente en su casa a los hijos de Mary.

Fué Dupont quien indicó a ésta que nadie mejor que Gilberta para cuidar de Enriqueta y Albertito.

Consultada, la amiga aceptó, encantada. Además, no se quedó huérfana de noticias respecto del motivo del viaje de Mary a París con Dupont.

Al separarse de sus hijos para llevarlos el ama a la casa de los Couret, Mary, postrada de hinojos ante ellos, como en adoración, les prometió regresar—si aun era tiempo—con su padre.

—¿Adónde vas, mamá?—preguntóle Enriqueta.

—Papá me llama a su lado. Está en París. Tú quieres mucho a papá, ¿verdad hijita?

—Sí, mamá. Se marchó sin besarme.

—Pero ¿no te acuerdas, angelito, que se marchó de noche? ¿Cómo ibas a ver tú que te besaba, si dormías?

—Oye, mamita: ¿me traerás un caballo de París?—preguntó a su vez Albertito.

—¿Y a mí una muñeca con un vestido de seda?—añadió Enriqueta.

Mary estrechó a sus hijos contra su corazón, y les anunció unos regalos muy bonitos, de "papá"... y de mamá.

—Y ahora, queriditos, cuidadito con por-



—Pero ¿no te acuerdas, angelito, que se marchó de noche? ¿Cómo ibas a ver tú que te besaba, si dormías?

tarse mal con la señora Gilberta y el señor Ricardo, durante mi ausencia. Tú eres res-

posible de lo que haga tu hermano, Enriqueta.

—Yo seré buena, mamá!— aseguró la niña.
Y el cagoncito!

—Y yo también, mamita!

El señor Couret también recibió un alegrón con la "invasión" infantil... pero pasó algún mal rato pensando en los siete que los revoltosos pies de los niños podían hacer en la tela verde de su flamante mesa de billar.

¡Las criaturas son un encanto... pero fuera de casa! Dentro, ¡no queda filere con pa-beza!

Las dolencias físicas son susceptibles de curación, pero los dolores morales dejan eternamente su huella en el alma.

Dupont acompañó a Mary hasta la clínica, y, ya en ella, la esposa del enfermo entró en el dormitorio que él ocupaba.

¡Alberto!—exclamó emocionada, al verle tan miserable.

—¿Qué? ¡Oh!, ¿eres tú?

—No te muevas, Alberto...

—Sí, sí, quiero incorporarme... quiero verte mejor... ¿Por qué no viniste antes? ¡Cuánto he pensado en ti postrado en este lecho!

—Tan pronto como supe tu paradero, y tu situación, me apresuré a venir en tu busca.

—Ya sé que no merezco nada de ti... pero

yo no dudé nunca de tu bondad. ¿Qué debes pensar de mí?

—Sosígate... En cuanto te restablezcas un poco, nos marcharemos a casa.

—¿Nos...? ¿No me abandonarás? ¿Es posible que pagues con tanta magnanimidad mis traiciones y mis iniquidades?

—Cálmate, Alberto. De tu voluntad depende tu curación con más o menos rapidez. Tus hijos te esperan.

—¡Mis hijos! ¡Cuánto he pensado en ellos! ¡He sufrido mucho, Mary, mucho... pero lo merecía... lo merezco todavía! Hasta ahora no me he dado cuenta de lo malo que he sido. El hombre es así: sólo en los tranques de vida o muerte ve el brillo de la verdad; lee en su conciencia. ¡Yo quiero redimirme!

—Yo te daré la mano, Alberto; no lo dudes.

Así, sacrificando su alma, disponíase Mary a salvar de la ruina al padre de sus hijos.

Cuando la noble mujer se reunió con Dupont, éste, alentando sus últimas esperanzas, le preguntó:

—¿Qué determinación piensa usted adoptar?

Y ella, sin vacilar, respondió:

—Cumplir con mi deber! Ahora que este desgraciado no es más que un despojo humano, yo no debo, ni quiero abandonarle.

—Peregrinar por el mundo para buscar le-
nitivo a mis dolores, ya que olvidarlos es ab-
solutamente imposible.

—Sepa usted, Jorge, que yo... deseo su fe-
licidad de todo corazón...

—¡Mary!

—El recuerdo de usted me confortará en
mis horas interminables de desaliento...

—¡Mi Mary!

—Porque... ¡le quiero tanto!

—¡Oh, amor mío!

Sonó un beso, uno sólo, todo dolor y ter-
nura. ¡El beso de la despedida!

Jorge llevóse luego las manos a los ojos y
luyó, dudando de sí mismo. Lloraba. Su vida
estaba rota.

Y Mary, ahogando sus anhelos hacia aquel
nombre generoso, e inmoliándose en aras del
deber, contempló, a través del velo de sus mi-
radas, cómo la felicidad se alejaba de ella,
quizá para siempre.

FIN

Revisado por la censura militar

PRÓXIMO NÚMERO

LA INTERESANTÍSIMA NOVELITA SENTIMENTAL

Tacaña de amor

Idealmente interpretada por
ANITA STEWART

Gran éxito. Excelente asunto.

UNA LECCIÓN A MUCHAS
-NINAS BOBAS-

Postal regalo: LARRY SENON (Termino)

11 FOTOGRAFÍAS

Precio: 30 Cts.

LA NOVELA FILM
se pone a la venta
en toda España to-
dos los martes.

Colecciones completas y números
sueltos abastados a precios corrien-
tes, de venta, en LA SOCIEDAD Ge-
neral Española de Librería, S. A.
Barbora, 18 - BARCELONA,
en sus Agencias de Provincias
y en todos los Kioscos de España



¿Ha comprado usted ya el quinto volumen de la

BIBLIOTECA FEMENINA

LA NOVELA FILM

Los Hijos de París

La Novela de una Obrera?

¡Pida esta obra en todas partes!

Recuerde los números anteriormente publicados:

La Mendiga de San Sulpicio
La Madona de las Rosas
Los Diez Mandamientos
Honrarás a tu madre

NÚMEROS PUBLICADOS

N.º	NOVELA	POSTAL-REBALO
1	Los Gatos a Bordo Terro	El Joven Malvado
2	Los dos capitanes	El Prisionero de Zenda
3	Amor y Pasión	La Señal
4	Los cuatro jinetes del apocalipsis	Los conserjes de la mujer
5	Los espías de los hombres ricos	Un hijo de la mujer
6	Berling, el Negro	Mary Pickford
7	La mujer del amor	Theresa Wright
8	En el lago	Paul Robeson
9	Carolina y el viento	Charles Mac Lean
10	Por la puerta de carbón	Edith Cavell
11	Maravillas	Charles Ray
12	El Salmón	Vivian Maier
13	Cómo aman las mujeres	Queen Elizabeth (Folly)
14	La fuga de la noche	Field Bennett
15	Por volver a su madre	William Field
16	Amor y el destino	Leslie Langford
17	El actor promedio	William J. Hart
18	Los Misioneros	Mary Miles Minter
19	De gloria a gloria	Charles Farnum
20	El crimen del 20 de octubre	Barbara Lewis
21	La novela de la vida	Barbara Lewis
22	El amor y el destino	Barbara Lewis
23	De amor a la muerte	Barbara Lewis
24	Un amor de mujer	Barbara Lewis
25	El amor del amor	Barbara Lewis
26	El amor del amor	Barbara Lewis
27	El amor del amor	Barbara Lewis
28	El amor del amor	Barbara Lewis
29	El amor del amor	Barbara Lewis
30	El amor del amor	Barbara Lewis
31	El amor del amor	Barbara Lewis
32	El amor del amor	Barbara Lewis
33	El amor del amor	Barbara Lewis
34	El amor del amor	Barbara Lewis
35	El amor del amor	Barbara Lewis
36	El amor del amor	Barbara Lewis
37	El amor del amor	Barbara Lewis
38	El amor del amor	Barbara Lewis
39	El amor del amor	Barbara Lewis
40	El amor del amor	Barbara Lewis
41	El amor del amor	Barbara Lewis
42	El amor del amor	Barbara Lewis
43	El amor del amor	Barbara Lewis
44	El amor del amor	Barbara Lewis
45	El amor del amor	Barbara Lewis
46	El amor del amor	Barbara Lewis
47	El amor del amor	Barbara Lewis
48	El amor del amor	Barbara Lewis

EN BREVE:

La grandiosa novela francesa

La Canción de la Huérfana

¡Acontecimiento editorial!

(Biblioteca Femenina de LA NOVELA FILM)

